

La distancia

¡Mierda, el paraguas! Si al menos antes de meterme en la ducha no hubiese comprobado la *app* del tiempo o no hubiera visto por la ventana cómo las nubes se vestían de gris y se conchababan para arruinar la tarde mientras me secaba, no me sentiría tan tonto. ¡Incluso lo han comentado en la oficina! Pues nada, me he lanzado a la calle mientras me abrochaba el último botón del abrigo y he entrado de lleno en el diluvio. La posibilidad de volver al piso se me ha ocurrido cuando ya había recorrido toda la manzana y la he descartado rápido porque llegaba tarde. Así que me ha tocado ir saltando sobre los charcos y deslizándome bajo los balcones de las casas. Por suerte, el restaurante está al lado. No es que yo llegue tarde por sistema. Me esfuerzo por llegar a la hora, aunque este trabajo no ha dado todos los frutos que yo esperaba. Pero justo hoy había empezado a arreglarme con mucha antelación, solo que al final se me ha echado el tiempo encima. No sabría decir cuánto exactamente, pero al menos he estado media hora sentado en el borde de la cama con los calcetines en la mano mirando una pelusa que descansaba en el suelo de mi habitación. Nada tenía de especial esa pelusa. Era como cualquier otra. Solo ha dado la casualidad de que la he cogido como punto de anclaje mientras me hundía en mis pensamientos. No me considero una persona meditativa. Tampoco soy una persona de acción, ni mucho menos. Se podría decir que la mayor parte del tiempo estoy, sin más. Pero desde hace meses no paro de darle vueltas a la misma idea. No es constante -sigo durmiendo por las noches, por ejemplo- aunque es una idea recurrente que me crea desasosiego y cuando se me aparece no puedo echarla a un lado hasta que converso con

ella un rato. Esta vez me pilló vistiéndome y todavía no me ha soltado. Que me haya cargado mis zapatos de ante es, en parte, culpa suya.

Al final he llegado veinte minutos tarde. Las distancias en esta ciudad engañan. Como me imaginaba, Nora está esperándome. No tiene cara de enfadada, pero nunca se sabe. Lleva puesto el chubasquero que le regaló su madre por Navidad y unas botas de lluvia rojas que nunca había visto. Me espera a la puerta del restaurante con el paraguas abierto y el móvil en la otra mano. Le pregunto que por qué no ha entrado y me dice que da igual, que tampoco lleva tanto esperando. Seguramente haya tenido un buen día en el trabajo. Cuando me dirijo dentro para buscar al camarero, Nora me dice que me espere porque la reserva es en terraza.

<<¿Cómo va a ser en terraza con la que está cayendo? Nos meterán en el comedor.>> << No sé. Como les dije que mejor fuera...>>

¡Ay! ¡Qué malo me pone esa falta de confianza! ¿Cómo le puede parecer bien que no nos muevan dentro? Si nos dijese que tenemos que quedarnos fuera ¿lo asumiría sin decirle un par de cosas? Probablemente sí. Evitaría el conflicto a toda costa. A veces hay que reivindicar. Como te dejes, te comen. No sé quién dijo que la vergüenza a decir lo obvio es síntoma de cobardía. Aunque en realidad Nora no tiene la culpa. Es su carácter. No debería molestarme tanto, pero lo hace. Me cabrea. Me sube un calor por la cara, hasta la frente, y durante unos segundos me aprieta tanto que tengo que medir mi respiración para que se me pase. No quería empezar la cita con mal pie, así que, para que Nora no lo notase, he fingido que estaba entregado a la tarea de mirar a través del cristal del restaurante en busca de alguien que nos

atendiera. El camarero ha salido enseguida. Creo recordar que se llama Ángel. Al preguntarnos por nuestra reserva le hemos dicho que la teníamos para la terraza. Él nos ha pedido que le diésemos cinco minutos para montar la jaima. Yo no he dado crédito a lo que decía. Le he preguntado si no habría algún sitio dentro del local y me ha respondido que están con aforo completo. Ni siquiera hay sitio en barra. Le he dicho que si ve normal que tengamos que cenar fuera con este tiempo.

<< Lo siento, señor. Solo nos queda sitio aquí. Lo único que puedo ofrecerle es una reserva para otro día.>>

Se ha cambiado la raya del ojo. Hoy la lleva como una egipcia. No sé si me gusta. Antes he acertado: tiene un buen día. Me cuenta que ha tenido un *meeting* con su jefe y con el resto de responsables; que han estado toda la mañana reunidos en su despacho; que Laura, la del departamento de *marketing*... Acaba de salir una chica negra por la puerta. Se ha alejado unos metros y se ha encendido un cigarro. Me fijo en que viste el uniforme gris del restaurante. Debe llevar poco tiempo. Diría que es guapa, aunque desde aquí no puedo ver su cara con nitidez. Ha cogido su móvil y está enviando un audio a alguien. Tiene acento latino. No sé si es venezolana o colombiana. Quizás sea dominicana. Me gusta el envoltorio meloso que le da a las palabras. Me parece muy sexy. Solo le ha dado un par de calos al cigarro antes de tirarlo. Parece que no estaba en un descanso. Mientras sigo la estela de la chica hacia el interior, me encuentro de bruces con la cara de Nora mirándome a los ojos. Pienso que ha podido percatarse, pero no. Sigue con su reporte. En resumen, el jefe está contento por su capacidad de asumir marrones de otro departamento y salir airosa. Y ella está muy orgullosa de sí misma. Tiene

derecho a estarlo: ojalá ser la mitad de resolutivo. Como si estuviesen coordinados, cuando Nora acaba de contarme su día, aparece el camarero para tomarnos nota. Nos da las buenas noches.

<< ¿Ángel, verdad?>> <<Sí, señor. ¿Cómo le va?>> << Pues bueno, no nos podemos quejar.>> << Eso está bien. ¿Saben ya lo que quieren tomar?>>

Venimos a este restaurante un par de veces al mes desde el cumpleaños de Nora de hace dos años. Ángel empezó aquí hará unos seis meses. Es el tipo de camarero que me gusta: parco y educado. No da conversación salvo que tú la inicies. También es honesto al recomendar la carta de vinos o los platos no incluidos en el menú. Siempre habla desde su experiencia y no tiene ningún reparo en mostrar su preferencia entre las distintas comidas que ofrecen. Después de venir unas cuantas veces, descubrimos que el pulpo a la brasa con puré de patata y la carrilera al vino tinto son los mejores platos de este sitio. Y si ya sabes qué es lo mejor de la carta, ¿para qué pedir otra cosa? Le digo que queremos lo de siempre. Él alza la vista al techo de la jaima en busca de una inspiración que claramente no va a llegar. Sonríe y se rasca la cabeza con el puntero electrónico. Confiesa que no sabe a qué me refiero. Yo le digo que da igual y se lo indico. Ángel se siente un poco avergonzado y pide disculpas. Nos recomienda una botella de Ribeiro para acompañar. Al menos recuerda que siempre pedimos vino blanco. Le digo que la botella no, pero que sí tomaré una copa. Ángel asiente. Mira a Nora. Ella niega con la cabeza mientras le da las gracias. Nora sólo bebe en ocasiones especiales. Quizás sí que tendría que haber pedido la botella.

Estoy llenísimo. Cualquier otro día podría haber vuelto a comer lo que hemos pedido sin pestañear, pero hoy no me cabe ni un trozo más. Supongo que son los nervios. He notado mi corazón latir durante toda la cena. También tengo las manos un poco sudadas. Sí. Será eso: nervios. No ha sido por culpa de la comida porque he tenido estos síntomas desde esta tarde, aunque se han intensificado al ponernos a la mesa. Siempre he sido muy orgánico a la hora de manifestar mis nervios. Recuerdo la época de exámenes en la universidad, cuando varias veces al día –no me arriesgaré a decir una cifra concreta- el baño de casa se transformaba en mi sala de estudios. Al final conseguí que mis rodillas se convirtieran en el perfecto escritorio para poder subrayar o para poder hacer esquemas y resúmenes de los temas. Hoy no he llegado a tanto, gracias a Dios, pero he notado el estómago agarrotado todo el rato. A veces la opresión era tan grande que he tenido que guardar silencio y concentrarme en disipar el dolor, como si una garra de acero me apretase las tripas y tuviese que liberar sus dedos uno a uno. Nora ha llevado la conversación todo el rato. Mi papel se ha reducido a impulsarla con frases breves. Monosílabos, principalmente. Creo que se ha dado cuenta pero no ha dicho nada. La expresión alegre que tenía cuando nos hemos sentado se ha desvanecido y ahora parece más bien cansada. Ya no habla. Balancea su copa vacía como si fuese un metrónomo, sin que parezca estar muy interesada en su propio gesto. Está muy lejos de aquí. Supongo que yo he debido arrastrar la misma expresión durante toda la cena. Mientras ella hablaba, mi mente no ha dejado de revolotear entre los distintos pensamientos que iban apareciendo sin que yo los invocase. Mi atención se dispersaba saltando de uno a otro. Mi ensimismamiento ha llegado a un punto en el que, si Nora me hubiese

confesado cómo ha llevado a cabo un asesinato, me habría limitado a asentir con la cabeza y a acompañarla con muletillas como “te entiendo”, “yo igual” o “es que es así”. Creo que antes me he expresado mal. No es que haya tenido que lidiar con una avalancha de ideas que se precipitaban sin orden ni conexión. En realidad, la idea ha sido todo el rato la misma, la de los últimos días. La lucha que he librado consistía en cómo poner esa idea sobre la mesa. El contenido está claro, es la forma la que no me convence. Aunque he pensado en elaborados parlamentos, en el tono que le iba a dar a la exposición, en las posibles reacciones y sus contramedidas, en las réplicas y sus dúplicas, no he encontrado ningún modo satisfactorio de decirlo. Todas las combinaciones presentan problemas. No soy tonto. Claro que sé que este tipo de cosas no son fáciles de decir y que nadie disfruta con esto. Pero me he sentido tan valiente en otras ocasiones, cuando creí haber dado con las palabras adecuadas y la determinación suficiente para llevarlo a cabo, que, verme ahora enmudecido sin poder hacer otra cosa que mirarla, me hace sentir eunuco. Pero no vale. El miedo a que mis palabras le hagan daño, la inseguridad sobre si existe un mejor modo de expresar lo que siento, son meras excusas. Tengo que hacer algo. Vamos a por lo más fácil. El primer paso es abrir la boca. Empezar a hablar y las palabras irán viniendo solas. Cojo aire hasta henchir el pecho y veo que aún no soy capaz de arrancar. Así que carraspeo. Es un poco ridículo, pero no se me ocurre otra cosa. Nora parpadea e inmediatamente levanta la vista hacia mí mientras esboza una discreta sonrisa y arquea ligeramente las cejas. Tengo toda su atención. Parece que ha llegado el momento. No puedes carraspear indicando que quieres decir algo y quedarte callado. Es hora de abrir la boca. Pero, antes de que mi lengua

despegue y se pose en el paladar, se me ocurre una idea brillante. Así que decido cambiar de trayectoria temporalmente.

<< ¿Te apetece que nos tomemos una copa?>>

Nora me mira extrañada. Nunca tomamos una copa después de cenar. Bueno, en realidad no tomamos copas en ninguna ocasión. El vino es nuestro tope. Ella rechaza mi propuesta. Yo insisto y ella insiste en sentido contrario. Me dice que me tome una si quiero, que ella no tiene ganas. Yo tengo muchas, la verdad. Es difícil que inicie esta conversación por medios ordinarios, así que voy a usar un poco de ayuda. Si no soy capaz de armarme de valor, al menos me pondré en un estado en que no lo necesite. Levanto la mano para llamar a Ángel y, como de costumbre, se acerca diligentemente. Le pido un Seagrams con tónica y se marcha veloz. Nora hurga en su bolso y saca una fina bufanda azul oscuro. Es verdad que el tiempo no acompaña: ha dejado de llover, pero ha bajado la temperatura. Yo también empiezo a tener un poco de frío en los pies. De repente, Nora suspira y me dice que me tiene que comentar algo. En un microsegundo, se me seca la garganta y tengo que controlar los escalofríos que nacen en mi espalda. ¿Que ella saque el tema? Es la única opción que no he barajado. Se toma algunos segundos para preparar la exposición. Se me empiezan a humedecer los ojos.

<< El puente me subo a la playa con mis padres y... me han preguntado si este año, por fin, vas a venir.>>

Los músculos se relajan, vuelven a estar en posición. Me esfuerzo por no soltar un suspiro. Me habla de la conversación que ha tenido con su madre. Dice que le caí muy bien aquella vez que vinieron a la ciudad y nos invitaron a

cenar, que tienen ganas de estar todos juntos – por lo que presumo que también irá la hermana pequeña de Nora, acompañada de ese novio tan soso y que es hora de que conozcan más en profundidad a su yerno. Entonces Nora empieza a intentar venderme las bondades de ese viaje: ir a la playa, estar tirados tomando el sol sin hacer nada, pasear por la arena, o por el pueblo o por unos acantilados altísimos que se encuentran cerca de su casa, iniciarme en el surf...Se detiene en su explicación y menciona la cara de tonto que se me ha puesto.

<< ¡Venga, bobo! Si te está gustando la idea.>>

¡Ay, pobre Nora! No tiene la más remota idea de lo que me pasa. Supongo que desde fuera puede parecer que estoy ilusionado, mirándola con esta sonrisa piadosa. Hace meses habría recibido esta noticia con gran alegría. Al principio habría puesto todo tipo de pegas sobre lo precipitado que sería convivir durante varios días con su familia para luego acabar aceptando la invitación y a continuación sentirme agobiado por pensar en la clase de impresión que causaría a sus padres. La emoción y el miedo de tener que ganarte a tus suegros. Una situación que sabes que es peor imaginarla que vivirla y aun así te tiene rallado hasta que por fin llega. Pero ahora no había nada de eso. Solo pienso en que no podía llegar en peor momento. ¡Ay, Nora! ¿De verdad no percibes que algo me pasa? Seguro que sí. Porque yo no puedo parar de pensar en ello. Te miro y esa cara que en su día me pareció tan bonita apenas me dice nada. Pienso en las conversaciones que hemos tenido, en los buenos consejos que me has dado. ¡Qué brillante me has parecido siempre! ¿Por qué ahora nuestras citas me resultan repetitivas? ¿Por qué me había tanto tener que oír lo que tienes que decir cuando pretende ser

ingenioso u orientativo? Y, pese a todo esto, pienso que sigues igual. No creo que hayas cambiado en nada. ¿Será ese el problema? No lo sé. Solo sé que cada vez me es más ajeno todo lo relacionado contigo. Nos separa una distancia que no sé acortar. Y esa distancia hace que esté lejos de ir a la playa contigo, de pasear cogidos de la mano, de estrechar vínculos con tus padres, de aguantar al novio de tu hermana. El único consuelo que podrías encontrar es que tampoco me acerca a ningún sitio. Pero no me apena. Sólo me produce una desidia llevadera. Una pequeña molestia que uno arrastra sin mencionarla, como un corte en el dedo que te escuece al escribir. Si hubieses hecho algo que lo explicase: si te hubieses convertido en alguien que detesto, si me hubieses engañado por sistema, o te hubieses acostado con alguien, si no aguantases a mis padres o ellos no te aguantasen a ti, si mis amigos tuviesen malas cosas que decir de ti en vez de colmarto de halagos, si no quisiesen tener hijos o casarte, si te parecieran ofensivas cosas que digo o hago y me hiciesen pensar en que eres una petarda o un coñazo... pero no hay nada. Sigues siendo perfectamente tú. Y, a pesar de esto, aquí estamos.

Ángel trae la copa servida. No le doy importancia. La intercepto antes de que la deje en la mesa y le pego un lingotazo hasta rebajarla a la mitad. Él suelta una broma sobre el ansia que tengo. Al no contestarle, habla para sí mientras se retira. Nora no me quita el ojo de encima. Me pregunta que qué me pasa. Yo no me amedranto y le mantengo la mirada casi de forma agresiva. Vuelvo a dar un trago a la copa. ¡Joder, está fuerte! Pero no me siento más valiente o desinhibido. Da igual, hay que hacerlo de golpe, como al quitar una tirita. Ni siquiera hay que pensarlo demasiado. ¡Hay que hacerlo ya!

<< Nora... tengo que decirte algo...>>

Está lloviendo otra vez. No puedo verlo porque me lo impide la noche profunda, pero puedo oír cómo se chocan las gotas contra la ventana. Es tarde y lo único que ilumina el salón es la luz del televisor. Tengo un vaso de agua encima de la mesilla pero está demasiado lejos para cogerlo sin incorporarme. Si lo hago despacio quizás lo consiga sin molestar. Venga, poco a poco. Ya casi está... Mierda: Nora gruñe suavemente justo antes de volver a quedarse dormida. Estaba agotada. Tras comprar los billetes, hemos puesto la peli que ha elegido y la pobre no ha aguantado ni diez minutos. En cuanto Nora se durmió, pensé en apagar y llevarla al cuarto. Pero se la ve tan a gusto. Hacía mucho que no me fijaba en la placenteramente que duerme y no quiero privarla de eso. Así que ya llevo una hora viendo *La boda de mi mejor amigo*. No sé si la veré entera. No debe quedar mucho. Yo la vi hace tiempo y no me gustó nada, principalmente porque no aguanto a Julia Roberts. Ni es tan guapa ni me parece tan buena actriz. Aunque me gusta verla alejada de sus típicos papeles de chica con corazón de oro. ¡Es Julia Roberts la que le quiere quitar el prometido a la otra! Bastante perra, la verdad. Me sorprende que sea una comedia romántica en la nos cuentan la historia desde el punto de vista de la mala. Aunque el mejor es Rupert Everett haciendo del sofisticado y mordaz amigo gay. Es una pena que no salga más porque está a punto de robarse la película. Ni siquiera me acuerdo de cómo acaba. Creo que se acaba casando con el mejor amigo. Ahora lo averiguaré. La verdad es que no está nada mal.